

## CAMBIOS SOCIALES EN MÉXICO COMO CONSECUENCIA DE LA PANDEMIA COVID-19. EL CASO DE LA DESIGUALDAD EN CONCIENCIA Y RESPONSABILIDAD

Guillermo José MAÑÓN GARIBAY\*

Una aproximación a la pandemia causada por el Sars-Cov-2, dentro de las humanidades y ciencias sociales, consiste en analizar la forma cómo se ha construido el discurso sobre la misma como un fenómeno natural y un desastre social. Como desastre social, la construcción del discurso ha sucedido en tres niveles entrecruzados, que son: el colapso de los sistemas de salud pública, la caída económica y la pérdida de vidas humanas. Es necesario enfatizar esto, porque existe un error común en confundir el virus con su riesgo para el hombre (i. e., confundir el fenómeno natural con el desastre social), ya que muchas veces se consideran a ambos como fenómenos naturales ante los cuales se está indefenso. Sin embargo, el riesgo se establece y mide desde el impacto en la sociedad, mientras que el virus se estudia desde la perspectiva genético-biológica. Y como fenómeno que impacta a la sociedad, puede ser controlado y mitigado por el hombre.

Sin la reflexión de las humanidades y ciencias sociales (responsables “naturales” del estudio del riesgo y desastre pandémico) se ignoraría las políticas públicas para la gestión de riesgos, la fortaleza/debilidad económica para hacerles frente y la concepción cultural de la enfermedad, la vejez y la muerte. Un estudio integral revelará un panorama multifacético sobre el virus SARS-coV-2, cuyas conclusiones al día de hoy serán provisionales, ya que la pandemia continúa expandiéndose y no se alcanzan a ver la eficacia de las políticas públicas para su mitigación. Por si fuera poco, los informes disponibles sobre la pandemia (y el virus SARS-coV-2), sobre su causa,

---

\* Investigador Ord. de Carrera, Titular A, T. C. Instituto de Investigaciones Jurídicas/UNAM.

riesgo, impacto, etc., son a la fecha predominantemente alarmistas, antes que sistemáticos y científicos.

Por un lado, el agente infeccioso (el virus) no es en sí mismo una amenaza, a menos que se propague y vulnere la salud de un gran número de personas. Es sabido que muchos virus no constituyen un riesgo para la humanidad, porque pasan de ser (pan-) epidémicos a ser endémicos, sin constituir un desastre para la sociedad en su conjunto y los sistemas de salud (otra cosa para los directamente afectados). El análisis de la pandemia actual (del virus SARS-coV-2) dentro del campo de la biología y epidemiología tenderá a revelar su estructura genética, el tipo de enfermedad que causa, su forma de propagación, morbilidad y mortalidad según la demografía, etc.

Por otro lado, el desastre provocado por la pandemia posee una gravedad distinta debido a la paralización de la “normalidad social”; o sea, debido a su impacto antrópico; impacto que agrava las desigualdades sociales, crea nuevas y, sobre todo, pone al descubierto las (pre-) existentes.

¿Cómo debe analizarse el desastre producido por el SARS-coV-2 para así entender las desigualdades mexicanas? Gracias a científicos de gran talla, como los ingleses Andrew Maskrey y Allan Lavell o los mexicanos Jesús Manuel Macías y Virginia García Acosta (*et al*), es posible dar una respuesta.

Le debemos a Andrew Maskrey haber señalado a la obra de Friedrich Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845), como la primera reflexión seria y profunda en la historia de los desastres; porque allí se describe la situación de ciudades como Manchester, afectadas por las epidemias de fiebre tifoidea y cólera en el siglo XIX, y por las que el 57% de los niños de clase baja murieron antes de los 5 años. ¡Un desastre social!, por el que el gobierno de la Gran Bretaña promulgó una ley sobre salud pública en 1848 (*Public Health Act*) con el fin de enfrentar los riesgos planteados por esas y otras epidemias.

La tesis de Engels fue y es útil porque propone que la legislación del 48 fue una respuesta al riesgo que la pandemia representaba para la burguesía y su clase trabajadora, pero no para el resto de los miserables británicos. Y esto configura para Andrew Maskrey (*et al*) el inicio de la desigualdad: si se toma en cuenta a la gripe estacional -dice Maskrey- se verá que es responsable de 650,000 muertes cada año (i. e., la tercera causa de muerte en el mundo). Y si esta enfermedad no ha generado la respuesta global que hay por la pandemia de COVID-19, es debido a que su prevalencia se concentra en países de bajos y medianos ingresos, sin afectar a los países más ricos. Ahora bien, como es sabido, el COVID-19 ha afectado a países de altos ingresos, centros de la economía mundial; por eso la alarma

es estentórea, perentoria y mundial. Ni el hambre, ni el efecto del cambio climático, ni el desplazamiento debido a conflictos bélicos, han provocado una reacción tan contundente y a escala internacional. Maskrey concluye, a partir de Engels y otros estudios epidemiológicos, que es poco probable que a la pandemia de COVID-19 se le hubiera dado la misma importancia si la propagación del SARS-coV-2 se hubiera restringido a grupos sociales de bajos ingresos y en países insignificantes dentro de la economía global (como sucedió, por ejemplo, con la epidemia de ébola en África).

Hasta ahora, los estudios sobre los riesgos y las catástrofes provocadas por el virus y la enfermedad COVID-19 arrojan como conclusión, primero, que la alarma mundial se debe a la afectación en los países ricos (primera desigualdad en el interés), y, segundo, que desde tiempo atrás ha habido condiciones de riesgo (pre-) existentes y subyacentes para convertirla en un problema internacional: como condiciones de vida en pobreza generalizada, un sistema de salud pública deficiente, mala alimentación y desnutrición, además de un déficit premeditado en la educación e información (pública y privada, escolarizada o informal).

Entonces, la pandemia no crea ni profundizan desigualdades, antes bien las pone de manifiesto. Pero si la pandemia nos ha igualado a todos en el riesgo, no lo ha hecho en la responsabilidad y conciencia. Cada generación tiene un momento de lucidez y autoconocimiento; para algunos fue la revolución mexicana o la Gran Guerra o el movimiento del 68. Otras generaciones más menesterosas no cuentan más que con un artista de cine o una banda musical. Ahora, en tiempos de pandemia COVID-19, las generaciones quedarán señaladas por el miedo al contagio viral y a la muerte.

Sabemos por la psicología pedagógica que existe el *aprendizaje por shock*; y -según el Dr. J. Reichmann- el *shock* en este momento es el virus SARS-CoV-2, y su enfermedad el COVID-19: un virus zoonótico “nuevo”, frente al que no existe inmunidad previa. Un virus que está demoliendo la “normalidad” de la vida, la abulia frente a la depredación del hábitat natural, la (dis-) armonía social, el (des-) orden urbano, la (in-) estabilidad productiva-laboral.

No obstante, hay que subrayar que el *shock* no se debe a la pobreza prevaleciente y erosión del Estado Benefactor (del sistema de salud pública y educación), sino al pequeño virus pandémico, familiar a biólogos y epidemiólogos, pero ajeno a filósofos y juristas. Exactamente porque no se trata de un fenómeno catastrófico aislado, sino de uno entre muchos, la pregunta que plantea Reichmann es si seremos capaces de aprender de él. Pregunta válida si se tiene en cuenta que el *Shock* ha tenido como primera reacción

espontánea no el aprendizaje, sino la negación de la finitud y vulnerabilidad del cuerpo. Concomitantemente a la sacudida de la civilización mundial por la pandemia, se niegan los procesos que han puesto en marcha la destrucción del planeta y quebrantado la salud del hombre. Esta actitud contradictoria de *shock* y negación conlleva a confiar todavía en una solución dentro del orden prevaleciente. Lo que devela la *condición trágica del hombre*, algo nada menor para un filósofo. Esta condición trágica del hombre no significa otra cosa que el hombre es un ser contradictorio, donde su deseo discrepa de su conocimiento: sabe que ha de morir, pero desea vivir eternamente.

Y precisamente en esto reside el cambio drástico producto de la pandemia: si el coronavirus trasmutó la forma de vivir es porque antes cambió la forma de morir: muertes intempestivas, en soledad, simultáneas o masivas, que han hecho caer en pocos días la vigencia de lo normal, de lo habitual y acostumbrado, convirtiéndolo en el *mundo de ayer* (*cfr.*, Stefan Zweig), arrojándonos a la intemperie de la contingencia e improvisación absoluta. Lo irrepresentable de la muerte y la enfermedad son la esencia de la crisis actual, del (sin-) sentido de la catástrofe.

Y, ciertamente, la pandemia del SARS-coV-2 representa la vuelta de la muerte a la reflexión filosófica y a la angustia popular, después de su larga negación en la era *pos - moderna*, que había habilitado al cuerpo como fuente de disipación y placer eternos. Con esto no se niega el derecho de cada cultura y civilización a imponer un nuevo orden, una nueva perspectiva, una nueva forma de existir. Simplemente se advierte que en la cima de una nueva propuesta de vida se encuentra algo oscuro, destructivo, como puede verse en el hecho trivial de alimentarse: nuestra vida está literalmente construida sobre los cadáveres de los vivos, porque para comer y vivir es necesario matar. Intuición fundamental de las reflexiones económicas del austriaco Joseph Schumpeter sobre la *creatividad destructiva* (*schöpferische Zerstörung*). Sin extremar los términos, se puede decir con verdad que nuestros cuerpos son el cementerio de numerosos cadáveres y que nosotros mismos seremos consumidos por otros seres vivos más adelante.

Sin embargo, todas las civilizaciones y culturas que proponen nuevas formas de vida tienden a reprimir el pensamiento sobre la muerte y a valorar la vida del individuo por sobre el de la especie. El sueño persistente es vivir eternamente; por ello es normal angustiarse ante la muerte y luchar por la vida tanto como sea posible, incluso al grado de proteger a los miembros más débiles e indefensos (viejos y enfermos, etc.). Esto permite entender el anhelo actual y de todas las naciones a salvaguardarse a toda

costa de los peligros “naturales”. Y vale la acotación entrecomillada, porque las desgracias y catástrofes son todo menos naturales: son el resultado del fracaso neoliberal y del Estado mínimo, que deja en manos del mercado y el capital privado la salud del pueblo. ¿Cómo es posible que escaseen los médicos, enfermeros, insumos de todo tipo como las mascarillas, las ambulancias, las camas, las pruebas y los remedios de todo tipo? ¿Por qué hasta ahora se toma conciencia de ello y se piensa en subsanar estas carencias?

Sobre estos peligros “naturales” hay que informarse asistiendo (¡cómo se pueda!) a las conferencias sobre el COVID-19, repasando las cápsulas noticiosas sobre el tema, al mismo tiempo que se asumen los estragos del encierro. Así, tropezosamente, aprendemos que el virus SARS-coV-2 es la forma en que el pasado arcaico existe en el presente moderno, porque el virus es una de las fuerza más elementales de la evolución: circula de una forma de vida a otra, sin limitarse a las fronteras de un solo género, especie o individuo; libre, anárquico, casi inmaterial, sin afectar a nadie en particular, vivo y muerto, pero con la capacidad de transformar a todos los seres vivos y posibilitar su dinámica evolutiva para adaptarse a su entorno. Por todo ello, el virus es una fuerza creativa-evolutiva, que impulsan el cambio con un potencial prácticamente infinito.

El filósofo italiano Emanuele Coccia afirma en su libro *La vida sensible* que aproximadamente del 8 % de nuestro ADN es de origen viral. El precio de este aprendizaje, de este saber, es el de asumir que el hombre no es el agente de la historia. El ser humano ha perdido su centralidad frente al virus y su caótica dinámica de contagios, hasta el punto de tener que despedirse nostálgicamente del imaginario humanista heleno donde el hombre era el artífice de su propia vida. El humanismo (de todos los tiempos) se fincó en la idea del hombre libre y capaz de *auto-crearse*; lo que en el *trecento y quattrocento* representó para los filósofos italianos la superación del determinismo natural y/o teológico. En nuestra época posmoderna, el SARS-CoV-2 anuló la visión de la razón programática y tecnocrática a favor del devenir voluble y caótico. Desde el comienzo de la primera revolución industrial, la imaginación tecnológica presentó a la tierra como la *casa del ser* (cfr., Martin Heidegger), o sea, como un *eco-sistema* ordenado y gracias al cual es posible la vida. Sin embargo, la naturaleza no es el reino del equilibrio incólume, en donde todos encuentran su lugar idóneo: primero, sabemos por Henri Bergson que la vida no comienza con nuestro nacimiento, porque la nuestra es la vida de nuestros mayores, de nuestra especie toda, que se dilata en un momento dado hasta nosotros (sin reparar en el valor del individuo), para trascendernos y continuar en las generaciones futuras, en la vida de este

y aquel cuerpo, de esta y aquella otra especie, sufriendo múltiples comienzos, pero, sobre todo, múltiples muertes. Segundo, el *retorno de la muerte* como característica definitoria de la vida humana ha tenido lugar a contrapelo de la cultura capitalista, que ha sido un intento permanente para superar y negar la muerte, defendiendo a capa y espada la vida del mercado y la acumulación desmesurada, a través de la abstracción del valor de uso a favor del valor de cambio. Para lograrlo abandonó el trabajo como principio rector de la integración social y se centró en el consumo y la manipulación falaz de la información, cenit de la enajenación de la realidad social.

Después de cuarenta años de la quimera neoliberal, la carrera del capitalismo financiero se detuvo intempestivamente: dos, cuatro, seis, meses ... ¿cuántos más?, de bloqueo total, una larga parálisis de los procesos de producción y de la circulación fluida de personas, bienes y capitales, sumado al largo período de reclusión. Así se resume la tragedia de la pandemia. Todo esto quiebra (quebró, seguirá quebrando) la dinámica capitalista de una manera tal vez irremediable, irreversible (*cf.*, Byung-Chul Han vs Žižek).

Los poderes que administran el capital global a nivel político y financiero están tratando desesperadamente de salvar la economía, inyectando enormes cantidades de dinero: miles de millones que, si se suman ahora, tienden a significar una sola cosa: ¡cero! Porque de repente el dinero no significa nada, o muy poco; porque el dinero no puede comprar lo que no existe: el dinero no puede comprar la vacuna que no existen; no puede comprar a los médicos y enfermeras que no existen, ni siquiera las máscaras protectoras (agotadas en el mercado global); no puede comprar las unidades de cuidados intensivos ni reestablecer el sistema de salud estatal (eliminados por la reforma neoliberal). Solo el conocimiento, solo el trabajo y la solidaridad pueden proveer de lo necesario y que ahora no existe en el mercado. De esta forma, el dinero y los mercados devienen superfluos e impotentes, mientras la solidaridad social y la inteligencia científica están activas y fecundas al grado de devenir políticamente poderosas.

Por ello, al final de la cuarentena global, nadie volverá a la normalidad, porque nadie desea lo “normal”, representado por la preeminencia del dinero y los mercados, del consumo y la desinformación. El mejor ejemplo de esto son las declaraciones de Dan Patrick, vicegobernador de Texas, quien declaró que había que *sacrificar vidas para salvar la economía*. Ciertamente nadie sabe al 100% lo que sucederá, y las soluciones que se ofrecen se encuentran desde hace tiempo caricaturizadas en los libros de autoayuda y superación personal. Sin embargo, el imperativo dicta avanzar hacia

la creación de una sociedad basada en el afecto y solidaridad. Lo que significa que necesitamos una nueva cultura del apego, de la ayuda y la medida, porque durante el confinamiento se ha instituido un nuevo *ethos* que manifiesta el disgusto de los seres humanos por vivir juntos, y en el que cada uno considera al prójimo como una amenaza para su vida y desea que permanezca a una sana distancia. Es necesario imaginar un nuevo lenguaje de apapachos y caricias que obligue a los hombres a apagar sus pantallas conectivas como estrategia para salir de la vida solitaria y temerosa (*cf.*, Tzvetan Todorov). Curiosamente, en estos días vacíos se tiene todo el tiempo para uno mismo y, sin embargo, apenas se puede hacer algo con él, porque en lugar de reactivar nuestro sentido del tiempo y de la grata convivencia, se exacerba el hundimiento en la nada eterna de la conexión virtual que ha tenido como resultado la dictadura *online* (*cf.*, Sherry Turkle), pese a que encontrarse *online* equivalga hoy día a sufrir la pandemia COVID-19.

¿Quién puede observar cualquier objeto habitual como la perilla de la puerta, una taza de café, una bolsa del mandado, sin imaginar que está repleta de microbios a la espera de adherirse a nuestros pulmones? ¿A quién se le ocurriría darle la mano a un extraño, subirse a un autobús o enviar a su hijo a la escuela sin sentir un miedo cervical? ¿Quién puede pensar en el placer ordinario de conversar sin evaluar el riesgo a contagio? ¿Quién no mira a los migrantes como una acumulación indeseable y riesgosa en estos tiempos de pandemia? Todo esto compele a la construcción de muros y al levantamiento de fronteras, aunque la evidencia establezca lo contrario, a saber: que el virus no respeta fronteras ni discrimina entre nacionalidades, sino, antes bien, confirma que los hombres son todos iguales porque los matan de la misma manera.

No obstante, el enfrentamiento con la muerte refuerza el sentimiento nacionalista, junto con el sentimiento de inseguridad y vulnerabilidad que lleva a poner en entredicho la democracia liberal y a estar dispuesto a entregar la libertad a un estado autoritario que se presente como la solución al problema. Parecería que el verdadero virus es el *ciudadano universal*, cosmopolita, que hace efectivo su derecho (humano) a vivir donde le plazca. Ejemplo de esto es la fórmula malthusiana de Trump que dice *hacer vivir a los nuestros y dejar morir a los otros*, sin articular una sola política internacional que sobrepase su miopía.

La metáfora más recurrente durante la pandemia (y contra el Sars-cov-2) es aquella que alude a la situación actual como si fuera una guerra, algo peligroso porque justifica —como advirtió Susan Sontag— todas

las medidas extremas y niega la iniciativa personal para que todo venga impuesto desde arriba.

Para colmo de males, en los últimos años se ha constatado la *infantilización de la sociedad*: los hombres maduros juegan con los videojuegos de sus hijos y asisten disfrazados al cine asemejando a los héroes de fantasía. Y las madres ingresan al quirófano deseando la apariencia de muñecas sarmen-tosas. El infantilismo es uno de los grandes males en estos tiempos, al grado que el gran problema actual es que no hay adultos (*cf.*, Tzvetan Todorov). ¿Y será esta sociedad sin adultos la que enfrente a la pandemia, la muerte intempestiva y el duelo sin consuelo? Hacen falta adultos que puedan afrontar la gravedad de la vida desde la conciencia lúcida y plena de la muerte.

Si como dijo el filósofo en la *Ética a Nicómaco*, el fin de la vida es la felicidad, habría que preguntarse si la pandemia ha dejado alguna enseñanza desde donde se vislumbre cómo pueda ser esto posible en los tiempos venideros.